

Beatriz Cocina

Al rescate
de la
oralidad

AL RESCATE DE LA ORALIDAD

© 2023, Beatriz Cocina

© 2023, Ediciones Santillana S.A.

Juan Manuel Blanes 1132

Montevideo, Uruguay

edicion@santillana.com.uy

www.santillana.com.uy

Esta obra fue realizada en el Departamento Editorial de Ediciones Santillana.

Dirección editorial: Alejandra Campos

Jefa de Arte: Andrea Natero Felipe

Adaptación de maqueta y diagramación: Andrea Natero Felipe y Verónica Pimienta

Edición: Florencia Eastman

Corrección: Camila Díaz y Florencia Eastman

Ilustración de tapa: Robin Olimb, Getty Images, Digital Vision Vectors

ISBN: 978-9974-92-447-5

Queda hecho el depósito que dispone la ley.

Primera edición: marzo de 2023

Este libro no puede ser reproducido total ni parcialmente en ninguna forma, ni por ningún medio o procedimiento, sea reprográfico, fotocopia, microfilmación, mimeógrafo o cualquier otro sistema mecánico, fotoquímico, electrónico, informático, magnético, electroóptico, etcétera. Cualquier reproducción sin el permiso de la editorial viola derechos reservados, es ilegal y constituye un delito.

*Agradezco al profesor Marzio Moreira quien leyó y corrigió los
primeros esbozos de este material.*

*A la psicóloga Sra. Laura Monné y a la maestra Sra. Nilsa Pereira
por el apoyo en la realización de este proyecto.*

A don Francisco Garzón Céspedes, mi gran maestro.



Beatriz Cocina

Es docente, escritora y gestora cultural. Ha desarrollado distintos cargos de la carrera docente, desde el año 1968, que culminó como inspectora de zona efectiva, profesora de Formación Docente y asesora del Consejo de Educación Primaria y del Consejo Directivo Central de la Educación (CODICEN) en el Área de Libros y Textos. Es experta en narración oral escénica y en literatura infantil-juvenil.

Integró la Comisión Asesora del Plan Nacional de Lectura del Ministerio de Educación y Cultura. Fue coordinadora del Instituto de Formación Docente de la Costa en el Proyecto CINEDUCA, en el que se realizaron seis cortometrajes.

Fue la presidenta fundadora de la Asociación Nacional de Narradores Orales Independientes (ANNI). Se desempeña como fundadora y directora general del Centro Itinerante Comunic@rte y como delegada en Uruguay de la Cátedra Iberoamericana Itinerante de Narración Oral Escénica con sede en Madrid.

Ha representado a Uruguay en diversos festivales, muestras y congresos internacionales en España, México, Cuba, Argentina, entre otros, como narradora oral, expositora y tallerista.

Ha publicado *Don Roberto y otros cuentos* (1998), *Cuentan que... I* (1995), *Cuentan que te cuentan III y IV* (1996), *M5* (1997), *La narración oral: ayer, hoy y mañana* (2002), *Indiscreciones* (cuentos para adultos, 2005), *Un elefante diferente* (2003, escrito en doble código para personas con discapacidad visual y baja visión), *Piñuetas con rima* (2007), *Animación a la lectura* (2009), *Poesía en el aula* (2015).

Obtuvo el primer premio en el concurso Palabras como gaviotas (España, 1996). La Cátedra Iberoamericana de Narración Oral Escénica le entregó el premio Chamán a la Oralidad Escénica (España, 2004) y el Diploma Medalla al Mérito en la Oralidad (España, 2015).

ÍNDICE I

INTRODUCCIÓN	7
CAPÍTULO 1 La oralidad	9
La oralidad desde la lingüística	9
La oralidad desde la comunicación	11
CAPÍTULO 2 La conversación	19
CAPÍTULO 3 Las palabras	25
La estimulación del lenguaje	28
Las funciones del lenguaje en la vida diaria	30
El vocabulario literario	31
A modo de conclusión	32
Sugerencias: ¡a jugar oralmente con las palabras!	33
CAPÍTULO 4 La voz	35
La sonoridad de la voz	36
La voz y el habla en edades tempranas	38
El habla y la respiración	38
Sugerencias: ¡a jugar con la voz!	39
CAPÍTULO 5 El cuerpo vibrátil	41
El cuerpo en juego	43
Los aportes del teatro	47
A modo de conclusión	54
CAPÍTULO 6 La afectividad	57
El vínculo con los demás y con uno mismo	60
Prevenir y actuar para cuidar	61
La oralidad artística	62
A modo de conclusión	64
ANEXO. NUESTRA EXPERIENCIA	67
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS Y OTRAS LECTURAS SUGERIDAS	69

INTRODUCCIÓN

Por ser humanos, somos oralidad. Somos presencia, razón y emoción; somos comunicación, expresión, vínculo; somos integralidad, un todo indivisible... ¡Somos oralidad!

Desde esta perspectiva, podría parecer que estamos hablando de un concepto ambiguo. Sin embargo, nada más integrado en la cotidianidad y en la espontaneidad del ser humano como la oralidad. Rescatarla, por su importancia en los vínculos comunicativos, y dimensionarla hasta su versión artística constituyen el reto que nos propusimos con este trabajo.

Dar inicio a una producción escrita, pensando en la concreción de un libro, genera, en muchos casos, una dilación casi inconsciente. Es así que vengo dilatando este trabajo desde el año pasado, aunque ya tenía la idea y el concepto claro de lo que quería transmitir. Actualmente, después de demasiados meses de aislamiento y tras una cuarentena planetaria que duró dos años que nadie olvidará, he resuelto comenzar con este rescate a la oralidad; una oralidad cuya presencialidad hoy se ha perdido, que se hace indispensable, casi clamada y reclamada... A la oralidad nuestra de cada día, a esa oralidad va destinado este trabajo.

Tal vez el vestigio histórico de mi infancia ha hecho de aquella niña, observadora y buena escucha, una educadora que ha tratado de llegar siempre a lo más sensible del ser humano. La experiencia de acompañar a mi padre italiano, a la casa de sus padres, emigrantes de ese país, fue profundamente significativa. Allí, en la tardecita, se reunían alrededor de un brasero hombres que, agobiados por la guerra y el hambre, habían viajado desde Europa durante cuarenta días en la bodega de un barco. Esos hombres, de manos rústicas y callosas, recalaban en la casa de mis abuelos mientras conseguían trabajo.

Habían llegado a un país desconocido desde su Italia natal, con «una mano atrás y otra adelante», sin conocer idioma ni costumbres, en busca de un lugar de paz y trabajo donde establecerse. Al final de una jornada, agotados de buscar una changa para poder comer, se sentaban junto al fuego y contaban sus

historias: de qué pueblo venían y a quién habían dejado en su pueblo, padres, hijos, esposa, amores, dolores...

Esos hombres se emocionaban cuando hablaban, enjugaban lágrimas, se abrazaban en símbolo de consuelo. Se comunicaban en sus dialectos y se sentían un poco más cercanos a sus raíces. Aquella niña, que no entendía el idioma, los miraba y escuchaba mientras volaba su imaginación. No entendía mucho, pero comprendía. Lo que sí sabía era que esos seres estaban compartiendo temas muy profundos y que esa conversación los unía, los identificaba, se reconocían unos a otros en dolores similares y sueños comunes. La escucha y el respeto era casi un rito.

Aquella fue una gran lección para una pequeña que, en silencio, todo lo escuchaba, leía los rostros, detectaba las miradas, captaba las emociones que envolvían el lugar. Seguramente, aunque entendiera poco, comprendía mucho.

Tal vez por eso, entre otras muchas experiencias infantiles, tengo una visión del aprendizaje como el fenómeno vivencial, emotivo y motivacional que debe alimentar la curiosidad y la sensibilidad del niño desde una integralidad absoluta. Y allí la oralidad debe jugar un rol fundamental. No podemos olvidar que el cerebro se desarrolla en el vínculo social y que, para él, la comunicación es fundamental. Sin el lenguaje, sin que exista una sonrisa, una mirada a los ojos, no hay comunicación y, por tanto, se reduce la posibilidad de desarrollar vínculos saludables a todo nivel.

A través de este material, trataremos de fundamentar por qué entendemos que debemos rescatar la oralidad, reubicarla en el lugar que nunca debió perder y jerarquizarla hoy más que nunca. Procuremos visualizar juntos esta realidad comunicacional que nos interpela y que nos debe preocupar, desde todos los ámbitos: el familiar, el educativo-institucional y el social, para así caminar en busca de las acciones posibles para ejecutar en dichos ámbitos. Nada nos debe ser ajeno en este tema, porque todas y todos somos responsables de trabajar hacia la concientización de una sociedad más respetuosa, justa e igualitaria.

La oralidad es nuestro patrimonio y, en la medida en que jerarquicemos su estatura en los contextos de aprendizaje, estaremos caminando hacia esa sociedad sin grietas a la que aspiramos.

Beatriz Cocina

LA ORALIDAD

Para comenzar, en este capítulo presentaremos el concepto de *oralidad* de manera de construirla desde la complejidad que alberga. Plantearemos su concepción desde la mirada lingüística y luego haremos foco en la perspectiva comunicacional, hasta concluir que para hablar de oralidad es fundamental hacer un abordaje integral y humanizado de la comunicación y la expresividad que vehiculiza.

En los capítulos subsiguientes jerarquizaremos la conversación y profundizaremos en los diversos aspectos que se relacionan y componen la oralidad: las palabras, la voz, el cuerpo y la afectividad.

La oralidad desde la lingüística

Desde la perspectiva lingüística, la oralidad es identificada como el modo de comunicación verbal a través de sonidos producidos por medio del aparato fonador humano y percibido por medio del oído. Es el primer modo de comunicación complejo utilizado en las sociedades humanas antes de la escritura; por eso, los estudios suelen compararla con esta.

Sin embargo, hasta hace poco tiempo, si escribíamos en el teclado de una computadora este término, nos aparecía un subrayado rojo que indicaba que era una palabra errónea o que, al menos, no estaba registrada en los diccionarios de la lengua española.

La oralidad está vinculada con la expresión oral. Así la define Walter Ong en su libro *Oralidad y escritura*:

llamo «oralidad primaria» a la oralidad que carece de todo conocimiento de la escritura o de la impresión. Es «primaria» por el contraste con la «oralidad secundaria» de la actual cultura de la alta tecnología, en la cual se mantiene una nueva oralidad mediante el teléfono, la radio, la televi-

sión y otros aparatos electrónicos que para su existencia y funcionamiento dependen de la escritura y la impresión.

Walter Ong (1982, p. 25)

En su libro *Enseñar lengua*, retoma esta conceptualización:

Esta distinción nos resulta útil porque delimita el tema al cual queremos referirnos. La oralidad que nos ocupa es la segunda, la que W. Ong llama secundaria y que, bien diferenciada de la escritura, comparte con esta la posibilidad de brindar al hombre la opción de elegir, a la hora de comunicarse lingüísticamente. La primera, actualmente casi extinguida, es terreno fecundo para estudios históricos y antropológicos.

Daniel Cassany (1994, p. 36)

Luego, continúa diciendo:

El uso de la lengua solamente puede realizarse de cuatro formas distintas, según sea el papel que tiene el individuo en el proceso de comunicación; o sea, según actúe como emisor o receptor, y según si el mensaje sea oral o escrito. [...] Hablar, escuchar, leer, escribir son las cuatro habilidades que el usuario de la lengua debe dominar para poder comunicarse con eficacia en todas las situaciones posibles. No hay otra manera de utilizar la lengua con finalidades comunicativas. [...] Aquí las llamamos habilidades lingüísticas, pero también reciben otros nombres según los autores: destrezas, capacidades comunicativas o también macrohabilidades. [...]

Uno de los aspectos de esa lengua en uso es la oralidad, que podemos abordar como código portador de dos importantes habilidades lingüísticas, escuchar y hablar y como variedad lingüística funcional.

Daniel Cassany (1994, p. 37)

Si analizamos la naturaleza interna del habla y su relación con el pensamiento, veremos que en el acto comunicativo se pone en juego algo más que pensamiento y habla. Existen factores psicológicos y emocionales que no se pueden desvincular de este fenómeno que nos compromete

diariamente. La relación entre pensamiento y lenguaje está muy estudiada, no así la relación entre pensamiento y habla; menos aun la relación entre ellas y la voz que dice, el cuerpo que acompaña y la mirada que expresa tanto o más que una palabra.

Entendemos que no podemos quedarnos con un análisis divisionista, fracturado y disfuncional, que separe los procesos que ocurren en el sistema nervioso central y sus conexiones al producirse un acto de oralidad. Para conocer en profundidad este acto, relevante en la vida de los seres humanos, es fundamental comprender la acción, en forma holística, de todas las capacidades comunicativas que se comprometen en la oralidad.

Oralidad vs. oratoria

Para comprender mejor el concepto de *oralidad* es importante diferenciarlo de otro término con el que suele confundirse: *oratoria*.

Este término proviene del verbo *oratorius* y el sustantivo *oratorium* del latín, que están vinculados al arte de hablar con elocuencia y claridad. El objetivo de la oratoria es persuadir a quienes escuchan, convencer a las personas de que actúen de cierta manera o tomen una determinada decisión.

Suele ser unidireccional, es decir, estar dirigida indefectiblemente desde el emisor a su público, y no admite reciprocidad.

A diferencia de la oralidad, la oratoria no es espontánea, sino que implica un discurso predeterminado, que se planifica y fija previamente. Por ende, suele tornarse rígido y carecer de naturalidad, flexibilidad y frescura.

La oralidad desde la comunicación

Tal como sostiene Francisco Garzón Céspedes (2011), desde un enfoque comunicacional, «La oralidad es nuestro principal instrumento para decir

quiénes somos y en qué creemos y por qué» (p. 46). Desde esta perspectiva, a la que suscribimos, la oralidad tiene una proyección mucho mayor que ser, simplemente, una forma de expresión oral. En este libro la estaremos abordando desde un lugar sustantivo, profundo, integral: desde lo comunicacional pleno.

La oralidad ilustra quiénes somos. Nos permite desnudar nuestra personalidad, nuestro auténtico sentir, nuestra visión del mundo, lo que creemos sobre el vínculo humano, y llegar a lo profundo y significativo de nuestra esencia. Somos lo que nuestra oralidad muestra. Conceptualizar la oralidad implica conocer la amplia dimensión de la comunicación humana.

[La oralidad es] una imagen hablada que establece un proceso comunicativo con unos o varios interlocutores, en forma presencial y en un mismo tiempo y espacio. La oralidad se da en el aquí y en el ahora. Está vinculada al imaginario del escucha e incluye la realidad circundante.

Francisco Garzón Céspedes (2011, p. 46)

Hablar de oralidad es referirnos al acto de comunicación por excelencia, uno de cuyos ejemplos es la conversación cotidiana.

Analicemos el concepto de *imagen hablada*. La oralidad no cuenta con la presencia de imágenes visuales fuera del cuerpo del hablante, sino que apuesta al imaginario de quien escucha. Por lo tanto, ese acto comunicativo debe ser rico desde el emisor para despertar y generar en el escucha un imaginario propio, contundente, capaz de sacarlo de la realidad circundante y trasladarlo a la realidad de historia que se comparte.

Despertar el interés por escuchar y convertir ese acto en una escucha activa hace que los interlocutores den libertad a la creatividad y la fantasía en un vuelo sin límites. Estimular el imaginario de quienes escuchan genera un clima de comunión plena con quien habla y con la historia que se comparte.

Si no se logra generar esas imágenes mentales, la comunicación será pobre, deslucida, desmotivadora y producirá el desinterés de quienes escuchan. Se perderán en un mundo de palabras insignificantes y se desconectarán del proceso comunicativo como tal.

La presencialidad, el aquí y ahora, hace a la esencia de la oralidad. No hay oralidad *online*, por televisión o por teléfono... Podrá haber *verbalidad*, pero no *oralidad*. Más allá de que las circunstancias vividas a nivel mundial, pandemia sanitaria mediante, han exigido acercamientos en línea durante mucho tiempo y se ha procurado realizarlos de la forma más eficiente posible, seguimos considerando que el valor de la oralidad presencial, en el aquí y ahora, es insustituible.

Incluir la realidad circundante compromete la coherencia del emisor, quien debe conocer cuál es la circunstancia en que se produce el fenómeno comunicativo. Este no se desarrolla de la misma manera en un aula de niños preescolares como en una de adolescentes, en una reunión social, en una entrevista de trabajo o en un encuentro íntimo. Cada circunstancia dará un perfil diferencial al acto comunicativo y, en consecuencia, a la oralidad que *nos cuenta*.

La oralidad *nos cuenta*

Nuestra oralidad le cuenta quiénes somos, qué y cómo sentimos, qué y cómo vibramos en la vida a quien nos ve y escucha. Analicemos la siguiente expresión de Garzón Céspedes para enriquecer nuestra reflexión:

La oralidad es inventora y/o reinventora, comunicadora aquí y ahora, no puede ser fijada de antemano y ni siquiera puede ser fijada; tiene que ser entendida de inmediato.

Francisco Garzón Céspedes (2011, p. 47)

La oralidad es espontánea y no se puede fijar previamente. No implica un discurso rígido, sino que se caracteriza por la naturalidad, la flexibilidad, la frescura y la autenticidad.

A su vez, debe reinventarse en la marcha porque tiene dinamismo, está en movimiento y es, en consecuencia, creativa y recreativa. Tiene que ver con la capacidad integral del comunicador en el dominio de su oralidad y la lectura inmediata de sus interlocutores, quienes, a través de sus rostros,

expresarán lo que entienden y lo que no, lo que les complace o lo que les disgusta.

Son fundamentales la coherencia y la cohesión del texto oral para que sea entendido de inmediato. Si no ocurre así, el escucha se pierde, se va del tema, y la comunicación fracasa. «Así como el acto de oralidad por excelencia es la conversación, el acto de comunicación por excelencia es la oralidad» (Garzón Céspedes, 2011, p. 47).

La comunicación humanizada

Para seguir profundizando en nuestro análisis y pensando la estrecha relación entre oralidad y comunicación, compartimos esta frase:

No podemos hablar de comunicación si no existe un emisor y uno o varios receptores que sean interlocutores válidos. Ambos deben conocer y dominar el mismo código, comprender conceptualmente el vocabulario utilizado y compartir un mensaje inteligible.

Si se concreta ese vínculo emisor válido-receptor válido, donde el mensaje, más allá de las coincidencias y de las divergencias, permite que ambos se transformen, se enriquezcan mutuamente, estamos frente a lo que llamamos «comunicación humanizada». Hacemos referencia a una comunicación que compromete, que vincula emocionalmente a las partes y que permite la libre expresión de cada cual.

Educar dentro de este paradigma apuesta a la formación de un hombre pleno y de un ciudadano que trabaje en la construcción de una convivencia en paz.

Beatriz Cocina (2009, p. 35)

Podemos decir que, para conceptualizar la oralidad, debemos posicionarnos en la búsqueda de la esencia de la comunicación como tal, que llamaremos desde ahora *comunicación humanizada o comunicación presencial*. Esta precisión es necesaria dado que el avance tecnológico invita a creer que estamos *comunicados* con el mundo, cuando lo que realmente

ocurre es que estamos conectados y tal vez, algo *informados*, con la diversidad, subjetividad y riesgo que las redes suelen implicar.

Desde este paradigma, la comunicación humanizada se logra en forma presencial y su retroalimentación es permanente. Es en este territorio donde la oralidad juega su rol preponderante.

La integralidad de la oralidad

La oralidad compromete la integralidad del ser humano en el vínculo comunicativo. En consecuencia, al hablar de *oralidad* debemos considerar el valor y la integración de varios aspectos y componentes:

- Aspecto verbal: el lenguaje, la palabra hablada.
- Aspecto vocal: la voz, la importancia de lo vocal.
- Aspecto corporal: el cuerpo con sus gestos, ademanes, posturas, miradas y silencios.

En general, la bibliografía pedagógica sobre el tema considera estos componentes corporales como *metalingüísticos* y, por lo tanto, los separa del resto para su estudio. Desde nuestro abordaje, que mira el acto comunicativo como pleno, entendemos que no podemos realizar un análisis fragmentado que fuerce una diferenciación que no existe. Consideramos que hay una integración natural entre la palabra, la voz y los gestos y ademanes..., que la experiencia muestra y hoy la neurociencia confirma.

Si aspiramos a ahondar en el ejercicio de la oralidad, debemos reflexionar sobre el lenguaje a utilizar y tener en cuenta los diferentes interlocutores, las circunstancias, los contextos y el contenido de nuestro mensaje. Del mismo modo, hemos de contemplar el volumen, el tono y la intencionalidad de la voz que transmite el mensaje que deseamos compartir. La voz trasluce emociones, sentimientos y sensaciones que dan un matiz al vínculo, y esto va más allá de las palabras utilizadas. Esa voz, que es el instrumento sonoro que emite las palabras, va teñida de los sentimientos que acompañan al mensaje, que es recibido por quien escucha acompañado de tal intencionalidad. (Trataremos en profundidad el asunto de la palabra,

por un lado, y de la voz y los elementos no verbales, por otro, en los capítulos 3 y 4, respectivamente.)

El cuerpo y sus ademanes, posturas, gestos y miradas hacen a la totalidad del *cuerpo vibrátil*, al decir de Violeta Hemsy de Gainza y Susana Kesselman (2003). Este es un cuerpo que comunica de forma integral, holísticamente, el mensaje que desea hacer llegar a sus interlocutores. (Abordaremos especialmente este asunto en el capítulo 5.)

¿Cuántas veces hemos escuchado la expresión: «No es lo que dices, sino cómo lo dices»? Ese *cómo* está valorando para bien o para mal el hecho comunicativo *per se*. Tiene que ver con el volumen y el tono de la voz utilizados, los ademanes que complementaron el mensaje, la postura corporal de cercanía o distanciamiento empleada, la mirada airada o tierna en juego...

Esa integralidad de palabras que surgen de un cuerpo que piensa y siente es lo que llamamos *oralidad*. Estos componentes integrados y en equilibrio son los que generan la contundencia significativa de la comunicación. Dicha integración equilibrada estimula la generación de un clima relacional en el cual la comunicación fluye de manera dinámica y se comparte en un enriquecimiento mutuo. «El clima relacional de alta calidad, en el que predomina la empatía, la sintonía y la sincronización emocional, es el que permite el desarrollo de una nueva narrativa transformadora sobre sí mismo y el futuro» (Feixas Viaplana, 2018, p. 67).

Amar la vida, vivir en armonía y propender a la paz personal y social han de ser los principales objetivos de nuestro rol como educadores y educadoras, en tanto integrantes de una familia, de una institución educativa, de la sociedad y del Estado. Por apuntar a otros intereses banales, no podemos perder de vista dónde debe estar el supremo bien en la formación ciudadana.

El abrazo de Juan

Llegó al cumpleaños de su abuela contenido por las manos de sus padres.

Él, con su autismo, tenía arrebatos de gritos, llantos y pataletas. Por eso no se acercaban al grupo de adultos que estábamos alrededor de la mesa.

Colocada en el extremo opuesto de la barbacoa, comencé a presentarme. Juan me escuchó. Se separó a los tirones de las manos que lo retenía. Me miró desde el recuadro del pórtico por un minuto. Nunca me había visto antes. Los padres se acercaron rápidamente para detenerlo. Con la mirada los contuve.

Cuando empecé a narrar el primer cuento, el niño comenzó lentamente a recorrer los bordes de la mesa hasta llegar a mí. Mientras, me miraba sin bajar la vista. No detuve el relato, al contrario.

Cuando me alcanzó, extendió sus brazos para tomarme de la cintura y colocar su oído sobre mi vientre. Sentí la tibieza de aquel abrazo y el calor de aquella cabecita sobre mi abdomen.

Conté todo ese cuento y el resto del repertorio que había seleccionado para esa jornada... ¡con Juan abrazado de mí! Al terminar, los presentes aplaudieron y él se retiró tal como había venido: en paz.

La abuela lloraba en silencio, emocionada. Los padres no entendían lo que estaba pasando, su rostro de asombro lo decía.

Yo sabía lo que estaba ocurriendo: era la magia de la oralidad.

Beatriz Cocina, anécdota personal, Montevideo, año 2000